

Los sonidos del amanecer

Una noche más sin dormir, eran tantas que Natalia había perdido la cuenta. Necesitaba de un buen descanso que le permitiera, al día siguiente, repensar en lo vivido, soñar para apresarlos, dibujar para plasmarlos.

Natalia y sus diseños apilados en el tablero de dibujo; las llamadas acumuladas en su celular reclamando trabajos pendientes.

Alguien podría entender su tristeza por un amor que no pudo ser pero no tenía fuerzas para eso; elegía la soledad.

Tambaleante en la madrugada salió de su cuarto, encendió la lámpara e intentó comenzar con la tarea. El soporte blanco, preparado para el boceto, era el reflejo de su mente. Fue a la cocina, preparó un café y regresó.

Miró el lugar y como en una ensoñación, vio a Martín que le sonreía.

Desde la ruptura, había dejado de ser la joven entusiasta, contenta con su estudio de diseño, sus amigos y los proyectos a largo plazo.

Eran ya las seis de la mañana.

Los sonidos del amanecer impregnaban el aire. Por los tupidos árboles se filtraban tenues haces de sol. Final del invierno. Ese tránsito entre morir y renacer.

Sintió que el morir en emociones comenzaba a dar paso a un renacer lento pero confiado. Podía soltar su pena, mirar el día que comenzaba con esperanza y algo de alegría.